

➤ *La pastoral de la Iglesia. Discurso de Francisco en el Convenio Diocesano de Roma (2014). Sensación de orfandad. Los niños sufren orfandad. Son huérfanos de gratuidad. Engendrar a la fe quiere decir anunciar que no estamos huérfanos. La fecundidad de la Iglesia. La conversión no es fácil, porque es cambiar de vida. La Iglesia debe saber engendrar hijos. Es el gran reto de la Iglesia. La identidad de la Iglesia es esta: evangelizar, o sea, hacer hijos. Crece por atracción materna, por ofrecer maternidad; crece por ternura, por la maternidad, por el ejemplo que engendra cada vez más hijos. Acogida y ternura, esperanza y paciencia. La mirada de Jesús. Vivir la compasión de Jesús.*

❖ **Cfr. Francisco, Discurso al Convenio Diocesano de Roma
16 de junio de 2014**

Agradezco al Cardenal Vicario las palabras de cariño y confianza que me ha dirigido en nombre de todos. Gracias también a don Giampiero Palmieri y a los dos catequistas, Ada y Pierpaolo, que han ilustrado la situación. Les he comentado: “¡Ya lo habéis dicho todo vosotros! Yo doy la bendición y me voy”. ¡Qué buenos son!

Quisiera decir, cuanto antes, una cosa: me ha gustado mucho que don Giampiero haya mencionado la *Evangelii nuntiandi*. Todavía sigue siendo el documento pastoral más importante, no superado, del post-concilio. Siempre hemos de acudir a él. Esa Exhortación Apostólica es una fuente de inspiración. Y la hizo el gran Pablo VI, de su puño y letra. Porque, después del Sínodo, no se ponían de acuerdo si hacer o no una Exhortación; al final, el relator —que era San Juan Pablo II— cogió los folios y se los dio al Papa, como diciendo: “¡Apáñatelas tú, hermano!”. Pablo VI lo leyó y, con la paciencia que tenía, comenzó a escribir. Para mí es el testamento pastoral del gran Pablo VI. Y no ha sido superado. Es una fuente inagotable para la pastoral. Gracias por haberla mencionado, ¡y que sea siempre una referencia!

En este año, visitando algunas parroquias, he podido encontrar a muchas personas que, casi siempre de modo fugaz, pero con gran confianza, me han expresado sus esperanzas y expectativas, junto a sus penas y problemas. También en las muchas cartas que recibo cada día leo de hombres y mujeres que se sienten desorientados, porque la vida es a menudo agotadora y no se logra encontrar su sentido y valor. ¡Va demasiado deprisa! Imagino lo agitada que será la jornada de un padre o una madre que se levantan temprano, llevan a sus hijos al colegio, luego van a trabajar, muchas veces a lugares con tensiones y conflictos, incluso a sitios alejados. Antes de venir aquí, he ido a la cocina a tomar un café. Estaba el cocinero y le he preguntado: ¿Cuánto tiempo necesitas para ir a tu casa? “Una hora y media”. ¡Una hora y media! Y vuelve a casa, con los hijos, la mujer... Y tiene que atravesar Roma, con todo el tráfico. Nos puede pasar que nos sintamos solos, con un peso que nos aplasta, y nos preguntemos: ¿Esto es vida? Sale de nuestro corazón la pregunta: ¿Qué hacemos para que nuestros hijos puedan dar sentido a su vida? Porque también ellos notan que este modo de vivir a veces es inhumano, y no saben qué decisión tomar para que la vida sea hermosa, y por la mañana estén contentos de levantarse.

❖ **Sensación de orfandad
o Los niños sufren orfandad. Huérfanos de gratuidad.**

Cuando confieso a jóvenes esposos y me hablan de los hijos, siempre les hago una pregunta: ¿Tienes tiempo para jugar con tus hijos? Y muchas veces oigo al papá: “Pero, si cuando voy a trabajar por la mañana aún están durmiendo, y cuando vuelvo por la noche, ya están en la cama”. ¡Eso no es vida! Es una cruz difícil. No es humano. Cuando era Arzobispo en la otra diócesis podía hablar, más frecuentemente que hoy, con los jóvenes, y me dí cuenta de que sufrían la orfandad. ¡Nuestros niños sufren la orfandad! Creo que lo mismo pasa en Roma. Los jóvenes están huérfanos de un camino seguro, de un maestro del que fiarse, de ideales que enciendan su corazón, de esperanzas que sostengan el cansancio del diario vivir. Están huérfanos, pero conservan vivo en su corazón el deseo de todo eso. ¡Es la sociedad de los huérfanos! Pensemos en esto, que es importante. Huérfanos de memoria familiar, porque los abuelos están lejos, en una residencia de ancianos, y no tienen su presencia ni la memoria de familia; huérfanos de cariño, o con un cariño muy apresurado: papá está cansado, mamá está cansada, y se van a dormir... Y ellos se quedan huérfanos. Huérfanos de gratuidad: lo que decía antes, la gratuidad del papá y de la mamá que saben perder el tiempo para jugar con sus hijos. Necesitamos sentido de gratuidad: en las familias, en las parroquias, en toda la sociedad. Y si pensamos que el Señor se nos reveló en la gratuidad, es decir, como Gracia, la cosa es mucho más importante. La necesidad de la gratuidad humana, que es como abrir el corazón a la gracia de Dios. Todo es gratis: Él viene y nos da su gracia. Pero si no tenemos el sentido de la gratuidad en la familia, en el

colegio, en la parroquia, será muy difícil entender qué es la gracia de Dios, la gracia que ni se compra ni se vende, que es un regalo, un don de Dios: es Dios mismo. Y por eso están huérfanos de gratuidad.

▪ **Engendrar a la fe quiere decir anunciar que no estamos huérfanos.**

Jesús nos hizo una gran promesa: *No os dejaré huérfanos* (Jn 14,18), porque Él es el camino a recorrer, el maestro al que escuchar, la esperanza que no defrauda. Cómo no sentir arder el corazón y decir a todos, en particular a los jóvenes: “*¡No estás huérfano! Jesucristo nos ha revelado que Dios es Padre y quiere ayudarte, porque te ama*”. Este es el sentido profundo de la iniciación cristiana: engendrar a la fe quiere decir anunciar que no estamos huérfanos. ¡Porque hasta la sociedad reniega de sus hijos! Por ejemplo, casi un 40% de los jóvenes italianos están sin trabajo. ¿Qué significa? *¡Tú no me importas! Eres material desechable. Lo siento, pero así es la vida.* Hasta la sociedad hace huérfanos a los jóvenes. Pensad qué significa que 75 millones de jóvenes en esta civilización europea, menores de 25 años, no tengan trabajo. Esta civilización los deja huérfanos. Somos un pueblo que quiere ver crecer a sus hijos con la certeza de tener un padre, de tener una familia, de tener una madre. *Nuestra sociedad tecnológica —ya lo decía Pablo VI— multiplica al infinito las ocasiones de placer, de distracción, de curiosidad, pero no es capaz de llevar al hombre a la verdadera alegría.* Muchas comodidades, muchas cosas bonitas, pero la alegría ¿dónde está? Para amar la vida no necesitamos llenarla de cosas, que luego se convierten en ídolos; necesitamos que Jesús nos mire. Es su mirada la que nos dice: es bueno que vivas, tu vida no es inútil, porque se te confía una gran tarea. Esta es la verdadera sabiduría: una mirada nueva a la vida que nace del encuentro con Jesús.

❖ **Fecundidad de la Iglesia**

o **La conversión no es fácil, porque es cambiar de vida.**

▪ **La Iglesia debe saber engendrar hijos. Es el gran reto de la Iglesia.**

La identidad de la Iglesia es esta: evangelizar, o sea, hacer hijos. Crece por atracción materna, por ofrecer maternidad; crece por ternura, por la maternidad, por el ejemplo que engendra cada vez más hijos.

El Cardenal Vallini ha hablado del camino de conversión pastoral misionera. Es un camino que se hace, y que hay que ir haciendo, y tenemos la gracia de poderlo hacer.

La conversión no es fácil, porque es cambiar la vida, cambiar de método, cambiar tantas cosas, incluso cambiar el alma. Pero ese camino de conversión nos dará la identidad de un pueblo que sabe engendrar hijos. ¡No un pueblo estéril! Si nosotros, como Iglesia, no sabemos engendrar hijos, ¡algo no funciona! El gran reto de la Iglesia de hoy es ser madre: ¡madre! No una ONG bien organizada, con muchos planes pastorales. Los necesitamos, sí, pero no es lo esencial, es una ayuda. ¿Para qué? Para la maternidad de la Iglesia. Si la Iglesia no es madre, aunque suene feo decirlo, ¡se vuelve una solterona! Es así: no es fecunda. La identidad de la Iglesia es hacer hijos, evangelizar, como dice Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*. La identidad de la Iglesia es esta: evangelizar, o sea, hacer hijos. Pienso en Sara, que llegó a la vejez sin hijos; o en Isabel, mujer de Zacarías, también vieja y sin hijos; o en Noemí, otra mujer envejecida sin descendencia... Y esas mujeres estériles tuvieron hijos, tuvieron descendencia: ¡el Señor es capaz de hacerlo! Pero para eso la Iglesia tiene que hacer algo, cambiar, convertirse para hacerse madre. ¡Tiene que ser fecunda! La fecundidad es la gracia que hoy debemos pedir al Espíritu Santo, para que podamos ir adelante en nuestra conversión pastoral y misionera. No se trata, no es cuestión de ir a buscar prosélitos, no, no. Ir a llamar al portero automático: *¿Quiere usted venir a esta asociación que se llama Iglesia católica? Tiene que hacerse un carnet, y un socio más...* La Iglesia —dijo Benedicto XVI— no crece por proselitismo, crece por atracción, por atracción materna, por ofrecer maternidad; crece por ternura, por la maternidad, por el ejemplo que engendra cada vez más hijos. Ha envejecido un poco nuestra Madre Iglesia. No debemos hablar de la “abuela” Iglesia, pero está un poco envejecida. ¡Tenemos que rejuvenecerla! ¡Hay que rejuvenecerla! Pero no llevándola al médico a que le haga la cirugía plástica, ¡no! Ese no es el verdadero rejuvenecimiento de la Iglesia, no es así. La Iglesia se vuelve más joven cuando es capaz de engendrar más hijos; se hace más joven cuando más madre se hace. Esa es nuestra madre, la Iglesia, y nuestro amor de hijos. Estar en la Iglesia es estar en casa, con mamá; en casa de mamá. Esa es la grandeza de la revelación.

Es un envejecimiento que... creo... —no sé si Don Giampiero o el Cardenal— ha hablado de huida de la vida comunitaria. Es verdad: el individualismo nos lleva a huir de la vida comunitaria, y eso hace envejecer la Iglesia. Si vamos a visitar una institución que ya no es madre, nos puede dar cierta identidad, como un

equipo de fútbol: *¡Soy de este equipo, soy fan de la católica!* Y esto pasa cuando hay huída de la vida comunitaria, huída de la familia. Hemos de recuperar la memoria, la memoria de la Iglesia que es pueblo de Dios. Hoy nos falta el sentido de la historia. Tenemos miedo del tiempo: nada de tiempo, nada de recorridos, nada, nada. ¡Todo ahora! Estamos en el reino del presente, del momento. Solo este espacio, este sitio, este lugar, pero nada de tiempo. Hasta en la comunicación: luces, móviles, mensajes... El lenguaje más abreviado, más reducido. Todo se hace deprisa, porque somos esclavos de la situación. Hay que recuperar la memoria de la paciencia de Dios, que no tuvo prisa para la historia de salvación, que nos ha acompañado a lo largo de la historia, que ha preferido una historia larga para nosotros, de muchos años, caminando con nosotros.

❖ Acogida y ternura, esperanza y paciencia

En el presente —lo diré después, si tengo tiempo— solo diré una palabra: acogida. Eso, la acogida. Y otra que habéis dicho vosotros: ternura. Una madre es tierna, sabe acariciar. Pero si vemos a la pobre gente que va a la parroquia con esto o aquello, y no saben ni moverse, porque no van mucho a la iglesia, y se encuentran una secretaria que grita, y les cierra la puerta: *¡No, para eso tiene que pagar tanto! Y tiene que hacer esto... Tome este impreso y vaya rellenando*, ¡esa gente no se siente en casa de mamá! Quizá se sienta en la administración pública, pero no en casa de su madre. Las secretarias, ¡las nuevas “ostiarias” de la Iglesia! ¡Secretaria parroquial quiere decir abrir la puerta de la casa de la madre, no cerrarla! Y se puede cerrar la puerta de muchas maneras. En Buenos Aires era famosa una secretaria parroquial: todos la llamaban la “tarántula”... ¡No digo más! Saber abrir la puerta en el presente: acogida y ternura.

Los curas, párrocos y vicarios, tienen mucho trabajo y comprendo que a veces estén un poco cansados; pero un párroco que sea demasiado impaciente no está bien. A veces lo comprendo, lo entiendo... Una vez tuve que escuchar a una señora, muy humilde, que había dejado la Iglesia de joven; ya era madre de familia y había vuelto a la Iglesia, y me dice: *“Padre, yo dejé la Iglesia porque en la parroquia, de pequeña —no sé si iba a hacer la Confirmación, no estoy seguro— vino una mujer con un niño y pidió al párroco el Bautismo —de esto hace mucho tiempo, y no aquí en Roma, sino en otra parte—, y el párroco le dijo que sí, pero que tenía que pagar. «¡Pero no tengo dinero!»». «Pues ve a tu casa, coge lo que tengas, me los traes y te bautizo al hijo»”*. ¡Y la mujer me hablaba en presencia de Dios! Esto pasa. ¡Y eso no es acoger, sino cerrar la puerta! Así que, en el presente, ternura y acogida. Y para el futuro, esperanza y paciencia. Dar ejemplo de esperanza, ¡adelante! ¿Y la familia? Es paciencia. Esa que san Pablo nos dice: soportaos mutuamente, uno a otro. Soportaos. Es así.

❖ La mirada de Jesús

o Vivir la compasión de Jesús. Acoger.

Pero volvamos al texto. La gente que viene sabe, por la unción del Espíritu Santo, que la Iglesia custodia el tesoro de la mirada de Jesús, y debemos ofrecerlo a todos. Cuando llegan a la parroquia —quizá me repita, porque me he ido del texto—, ¿qué actitud debemos tener? Debemos acoger siempre a todos con corazón grande, como en familia, pidiendo al Señor que nos haga capaces de participar en las dificultades y problemas que los jóvenes encuentran en su vida.

Hemos de tener el corazón de Jesús, que *viendo la muchedumbre sintió compasión, porque estaban cansadas y agotadas como ovejas sin pastor* (Mt 9,36). ¡Al ver a la gente, siente compasión! A mí me gusta soñar en una Iglesia que viva la compasión de Jesús. Compasión es “padecer con”, sentir lo que sienten los demás, acompañarlos en sus sentimientos. Es la Iglesia una madre que acaricia a sus hijos con compasión. Una Iglesia que tenga un corazón sin límites, y no solo el corazón: también la mirada, la dulzura de la mirada de Jesús, que es mucho más elocuente que las palabras. Las personas esperan encontrar en nosotros la mirada de Jesús, a veces sin ni siquiera saberlo, esa mirada serena, feliz que entra en el corazón. Pero —como han dicho vuestros representantes— tiene que ser toda la parroquia la que sea una comunidad acogedora, no solo los sacerdotes y catequistas. ¡Toda la parroquia! ¡Acogedora!

Hemos de pensar si nuestras parroquias son acogedoras, si el horario favorece la participación de los jóvenes, si somos capaces de hablar su lenguaje, de aprovechar también otros ambientes (por ejemplo, el deporte o las nuevas tecnologías) para anunciar el Evangelio. Seamos audaces al explorar nuevas modalidades con las que nuestras comunidades sean casas con la puerta siempre abierta. ¡La puerta abierta! Pero es importante que, a

la acogida, le siga una clara propuesta de fe, muchas veces no explícita, sino con la actitud, con el ejemplo: en esa institución que se llama Iglesia, en esa institución que se llama parroquia, se debe respirar un aire de fe, porque se cree en el Señor Jesús.

Yo os pediría que estudiaseis bien las cosas que he dicho: por ejemplo, la orfandad, cómo recuperar la memoria de la familia, cómo lograr que en las parroquias haya cariño, gratuidad, y no sea una institución vinculada solo a las situaciones del momento. Que sea histórica, que sea camino de conversión pastoral. Que en el presente sepa acoger con ternura, y sepa llevar adelante a sus hijos con esperanza y paciencia.

❖ Importancia de los sacerdotes

Quiero mucho a los sacerdotes, porque ser párroco no es fácil. ¡Es más fácil ser obispo que párroco! Porque los obispos siempre tenemos la posibilidad de tomar distancias, o escondernos detrás de “Su Excelencia”, y eso nos defiende. Pero ser párroco, cuando te llaman a la puerta: *Padre, esto, padre aquí, padre allá...* ¡No es fácil! Cuando te viene uno a contar los problemas de la familia, o aquel muerto, o cuando vienen a murmurar las “chicas de Caritas” contra las “chicas de la catequesis”... ¡No es fácil ser párroco!

Quiero decir una cosa, que ya he dicho alguna vez: ¡la Iglesia italiana es muy fuerte gracias a los párrocos! Esos párrocos que —ahora tendrán otro sistema— dormían con el teléfono en la mesilla de noche y se levantaban a cualquier hora para ir a ver un enfermo... Nadie se moría sin sacramentos... ¡Cercanos! ¡Párrocos cercanos! ¿Y luego? Han dejado esa memoria de evangelización...

Pensemos en la Iglesia madre y digamos a nuestra madre Iglesia lo que Isabel le dijo a María cuando esperaba al hijo: “*¡Feliz porque has creído!*”. Queremos una Iglesia de fe, que crea que el Señor es capaz de hacerla madre, de darle muchos hijos. ¡Nuestra Santa Madre Iglesia! Gracias.

www.parroquiasantamonica.com

Vida Cristiana